

LLUCIA RAMIS  
ESCRITORA

«Las posesiones», premio Anagrama de novela en catalán, echa un vistazo a la sociedad de los últimos años a través de una historia familiar y una generación, la de los hijos de la Transición, paralizada, instalada en la provisionalidad

# “Recordamos solo lo que nos interesa para protegernos”

TEXTO: MARÍA VIÑAS

**E**scribir para poner orden. Escribir para después, leyendo lo escrito, comprender. «Es como cuando haces una multiplicación muy complicada, una operación de muchas cifras que no puedes resolver de cabeza porque no eres capaz, y la haces por escrito. Y poco a poco, sobre el papel, te va saliendo». Así, abierto el melón, todo se entiende un poco mejor, sostiene Lluçia Ramis (Palma, 1977); ella lo entiende mejor. Pasa entonces a la construcción arquitectónica del relato: ensambla las piezas ya provistas de sentido, asumibles ahora sí, y va enlazando temas y tramas aparentemente desconectados. Cuando uno acaba de leer su última novela, premio Anagrama en catalán y recién editada en castellano por Libros del Asteroide, concede que a Ramis la cosa se le da bastante bien: hay capas en la historia, muchas parecen inicialmente caóticas —algunas incluso están sin estar, en los silencios, en las ausencias—, pero todas, afluentes, acaban finalmente confluyendo en un todo, espina dorsal. Y hay algo más, la muy encaminada sensación de que cualquier parecido con la realidad está lejos de ser pura ficción. La galardonada, al otro lado del teléfono, contiene la carcajada y luego, enseguida, reconoce: «Vale, quizá la protagonista se parece mucho a mí;

digamos que le pasan cosas muy parecidas, con gente muy parecida y en lugares muy similares...» Sí, hay exposición, pero no exhibición, quiere dejar claro. ¿Qué querías contarnos Lluçia? ¿Qué es lo que durante cuatro años estuviste tratando de entender?

2007. Una mujer se sube a un avión en Barcelona y se baja en Palma de Mallorca. Es periodista, ronda los 30 años. Durante unos días, alertada por el repentino arranque de locura de su padre, recién jubilado, hastiado del mundo, retomará la isla que la vio crecer y, con ella, los acercamientos, los abismos, los fantasmas. «Lo que quería con *Las posesiones* era hacer un retrato, a través de una historia familiar, de la sociedad de los últimos años. Y quería hacerlo a través de los silencios, de las cosas que no se cuentan, y de qué manera nos afecta eso en el día a día, de qué manera tenemos que prescindir de las cosas que amamos y de qué manera eso nos condiciona».

Para ello, Ramis se vale de un macabro acontecimiento que hace compañía a su protagonista desde mediados de los años noventa —siempre ahí, condicionándolo todo—: un aparatoso asesinato ejecutado por el socio de su abuelo, un corrupto empresario que tras liquidar a su mu-

jer y a su hijo, amigo de la infancia de la narradora niña, remata la faena quitándose la vida de un disparo. ¿Qué fue realmente lo que pasó? ¿Era él el único culpable «y nadie más» de aquel engaño financiero que acabó en tragedia? ¿Cuánto pesa la culpa? ¿Son las cosas tal y como las recordamos? «Claro que no —sentencia la autora—. Cortamos y pegamos recuerdos, editamos nuestra vida como nos interesa, construimos un relato para protegernos, porque si no, ¿cómo íbamos a sobrevivir a nuestros propios errores o fracasos?» «Ni siquiera queremos saber la verdad de lo que sucede —apunta—. Porque eso nos hace responsables de ello, de lo que sabemos».

De no querer saber y de no saber tener es precisamente —y paradójicamente— de lo que en realidad habla *Las posesiones*. Cuando la familia de la narradora se ve obligada a vender la casa en la que creció, porque ya no puede mantenerla, ella, de repente, se siente desamparada. Ya no tendrá un lugar al que volver, al que pertenecer. «Quería explicar cómo somos la generación de los que nacimos con la Transición —señala Ramis—. Creemos que merecemos todo lo que te-

nemos, pero no estamos luchando para conservarlo, solo nos quejamos». La radiografía no es complaciente: «Nuestros padres está muy frustrados, creyeron que íbamos a tener más de lo que estamos teniendo, nos lo prometieron, nos dijeron que si estudiábamos, aprendíamos idiomas y viajábamos tendríamos algo mejor, podríamos dedicarnos a lo que quisiésemos. Y, de repente, en el 2007, 2008, cuando la crisis económica se hizo oficial, empezamos a ser conscientes de que esa provisionalidad iba a ser eterna, de que las cosas, a partir de entonces, iban a durar muy poco: que los pisos, las parejas, los trabajos iban a durar muy poco».

«Fue duro para nosotros, lo es, sí, que siéndolo, pero para nuestros padres más —reflexiona—. Ellos han hecho todo lo que debían hacer por sus hijos y ahora la sociedad no va a permitirles tener una vida tan buena como pensaban que iban a tener, y nosotros, en lugar de decir, bueno, vamos a salir a las calles y a armar la gran revolución, nos quedamos sin saber qué hacer». Lluçia todavía da un par de pinceladas más de esta generación bisagra: «Siempre nos han tratado como si fuésemos menores de lo que somos, nunca nos han tomado en serio. Da la impresión de que nunca vamos a tener un sueldo de verdad, de que nunca vamos a tener una vida de verdad. Y quizá seamos los últimos con afán de hacer cosas perdurables, todavía recurrimos a lo físico, a las fotos, a los libros, a las casas, a

“  
Lo hemos heredado todo y solo sabemos quejarnos”

**LAS POSESIONES****AUTORA**

LUCÍA RAMIS

**EDITORIAL**

LIBROS DEL ASTEROIDE

224 PÁGINAS, 17,95 EUROS

los lugares... para estimular la nostalgia. Somos unos nostálgicos sin memoria, demasiado jóvenes para serlo. Las perspectivas de futuro se han ido apagando muy pronto». Pero, ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

**EL MUNDO, FERÓZ**

Ya no somos capaces de enfrentarnos a la «monstruosidad» del mundo, diagnóstica Ramis, un mundo corrupto, podrido. En sus páginas, su personaje más quijotesco pierde el rumbo por intentarlo y el resto prefiere mirar hacia otro lado, mentir. Creer las mentiras que los otros cuentan, creerse las propias. «Vivimos mirando hacia otro lado o, directamente, cerramos los ojos», advierte la autora. «Construimos verdes que no son verdad, damos credibilidad a todo lo que leemos y, lo que es más grave, acabamos convirtiendo en real lo que nosotros mismos escribimos». Habla del periodismo, profesión que conoce de primera mano y que en *Las posesiones* se convierte casi un personaje más. «Hay que reivindicar otra vez el periodismo de la minuciosidad, de la escrupulosidad, de la búsqueda de la exactitud. Es cierto que la inmediatez nos obliga a ser precipitados muchas veces, y la precipitación, a no ser todo lo rigurosos que deberíamos ser, pero no podemos desprestigiar este trabajo, esta labor», insiste, preocupada. «Cualquier otra cosa, si es de mala calidad, no vale, lo devolvemos. Pero el periodismo no, nos lo estamos comiendo aunque esté adulterado».